Nº 552
30
Noviembre
2021
Martes

Esas tristes y contradictorias kalejiras baskas al servicio del matonismo abertzale

Fernando José Vaquero Oroquieta *(La Tribuna del País Vasco)*

La kalejira, que bien puede traducirse en idioma español como comparsa, es una expresión «popular» bien conocida por vascos, navarros y visitantes de tan hispánicas como, todavía, convulsas tierras.

Kalejira: un grupito de dos o tres músicos, con su acordeones, entonando melodías y temas, más o menos populares, coreados por entusiastas acompañantes, sean muchos o poquitos; una expresión melancólica, intimista, pero también comunitaria, de celebración, remembranza… ¡y control social!

Se despliegan constantemente, y no solo con motivo de las fiestas patronales del barrio, pueblo o ciudad; si bien, en la mayor parte de sus expresiones, su finalidad reivindicativa es más que evidente: «presos a casa», «aquí se habla y se hablará euskera», «vota abertzale», «esto no es España», «policía y guardia civil ¡fuera de Euskal Herria!», «stop terrorismo de la patronal», «obrero despedido, patrón colgado», etc.

Los cascos viejos de las «cuatro capitales vascas», los pueblos controlados por la izquierda abertzale, y allí donde exista mayor pulsión y tensión militantes, son sus escenarios favoritos. Y así lo es desde hace muchas décadas. Hasta tal punto están normalizadas tales expresiones «populares» que nadie las cuestiona. Bueno, casi nadie…

Una de las primeras que pude contemplar, en mi ya lejana juventud, tenía lugar en Pamplona, a la altura del bar Otano de la calle de San Nicolás, en la primavera de 1979. Un centenar de personas desfilaban despacito, confiados, sonrientes, con unos cuantos acordeones diatónicos en cabeza, y algún veterano con boina negra bien calada dirigiendo el cortejo. Uno de ellos entonó «¡todos a una, Herri Batasuna!», inmediatamente coreado con entusiasmo y alegría por el resto de asistentes; a la vez que desplegaban una enorme iku-

rriña que bloqueaba la calle. Así fue el inicio de una de tantas kalejiras electorales «populares» y reivindicativas con las que la izquierda abertzale afirma su presencia, poder y control de calles y plazas; imponiendo, así, dinámicas, símbolos y letras. Unas expresiones contundentes ante las que era –es– muy difícil responder in situ. Y es que, tras un par de horas dando vueltas por la parte vieja, con sus respectivas paradas frente a diversos bares, para aprovisionarse de potentes y reconfortantes alcoholes autóctonos, tras los consabidos «¡Gora ETA Militarra!» se disolvieron tan tranquilos como satisfechos.

De modo que, si te topabas con una de aquellas kalejiras, o te unías a ella o te «hacías el loco», intentando pasar desapercibido; no fuera que, de no obrar así, fueras señalado y «fichado», corriendo el riesgo de ser calificado como «españolazo», «txakurra», «txibato» o «cipayo». Aquellos brutales epítetos, recordemos, que en tantas ocasiones precedieron o acompañaron, a modo de justificación, cientos de asesinatos.

Unos años después –invierno de 1984– me impresionó otra kalejira que se desplazaba perezosamente por la calle Estafeta, compuesta exclusivamente por mujeres. Gritaban: «¡aborto libre y gratuito!», «¡nosotras parimos, nosotros decidimos!», «¡aborto gratuito, seguridad social!», etc., mientras, alguna de ellas, hipaba entre trago y trago de cerveza o kalimotxo. Se les sumó un conocido habitante de aquellos lares: el famoso «sueco» que, con motivo de una visita a los sanfermines de los años setenta, conociera una moza navarra para quedarse a vivir con ella, sin regresar jamás a su lejana Suecia natal. Una pamplonica de la Milagrosa, hermana, por cierto, de un trabajador social de la prisión de esta ciudad y antiguo miembro de ETA VI; quien «cabalgaba» sus contradicciones y miedos practicando dialécticos equilibrismos y autojustificaciones exculpatorias ante sus compañeros más radicales, quienes seguían «pegando tiros»…, entre otros, también a otros trabajadores de prisiones. ¡Qué bonita era Pamplona!

Pero no nos desviemos del tema. Aquella kalejira me entristeció no poco, generándome un verdadero malestar físico: comprendí que el «empoderamiento» de «las mujeres» era aparentemente imparable y, sobre todo, muy triste. Si para «empoderarse» –entonces se decía «liberarse»– había que matar a «alguien», ¿cómo celebrarlo o reivindicarlo con música y aparentes muestras de alegría? ¿No es una brutal contradicción irresoluble? No, en realidad no se les veía contentas; más bien se mostraban tensas, desafiantes, ¿agresivas? Una ocasión, como tantas otras, en que la melancolía, de los tonos musicales expulsados desde los acordeones, se mezclaba amargamente con la pretensión «política», una ambición indisimulada de poder sobre el más

débil, y el dolor humano. ¿«Celebración festiva» y, además, al servicio de la cultura de la muerte, ya fuera etarra o abortista? No, va a ser que no.

Me dirán ustedes que, desaparecida ETA, ya podemos mirar y disfrutar sin prejuicios ni temores las kalejiras que se siguen sucediendo por toda la geografía vasconavarra. Pues no, las cosas no son así de sencillitas y tranquilizadoras.

Les traeré a colación, otra kalejira de la que fui testigo; convocada a golpe de whatsapp en el pamplonés barrio de Iturrama, un 12 de octubre de 2017. La noche anterior, los chavales –y algún veterano que ya lucía canas– del entonces pujante y activista colectivo hispanista Navarra Resiste habían colocado varias decenas de pancartas, con románticos textos del tipo «Ser navarro es una de las formas más hermosas de ser español», etc.; así como numerosas banderas españolas y enormes pegatinas rojigualdas, por toda la ciudad y glorietas estratégicas de su cuenca.

En un generoso y amable ejercicio de tolerancia, respeto al pluralismo y a la libertad ajenas –evidentemente lo digo de modo irónico–, hacia las 12 del mediodía de aquel simbólico día 12, a la altura de la tristemente conocida taberna Ezpala, empezó la romería: acordeones, un centenar de txabales y txabalas gritando contra España, los españolazos y los pikoletos, quienes celebraban desfilando, no muy lejos de allí, su Santa Patrona, la Virgen del Pilar; a la que mentaban –en euskera, faltaría más– con blasfemas y pornográficas expresiones. Y de paso arrancaban, con seguro exhibicionismo, pancartas y banderas españolas; quemándolas incluso. Pero alguno de los asistentes al homenaje de la Guardia Civil, de regreso a sus casas, portando todavía sus alegres banderas, fue interpelado e insultado. Y, uno de ellos, agredido despreocupadamente. Total, era un españolazo: seguro que se lo merecía. ¡Qué audacia! ¡Portar una bandera del ejército de ocupación! Pues ya es mayorcito y ya sabe a lo que se expone si el pueblo decide autodefenderse ante tamaña agresión fascista... De modo que, finalmente, Policía Nacional se hizo presente, poco más tarde, deteniendo a dos de los txabales más agresivos; tras discusiones varias, órdenes incumplidas, insultos y amenazas.

No creo, por cierto, que aquella kalejira estuviera autorizada por permiso gubernativo alguno. Ya se sabe: la izquierda abertzale no necesita seguir los trámites que cumplen los ciudadanos «normales». Ellos se sitúan «por encima del bien y del mal»; no en vano, su moral y perspectiva revolucionaria les permite TODO.

Ya sabe, amable lector: si se encuentra de frente una aparentemente simpática y folklórica kalejira baska, aunque ETA –al menos la que mataba– haya desaparecido, mejor cambie de dirección: puede ser señalado, reconocido o

interpelado. Y si no se incorpora al cortejo, o exterioriza evidentes y notorias simpatías, aténgase a las consecuencias. Pues ELLOS siguen entre nosotros: controlando, señalando, imponiendo símbolos, lenguajes y estéticas. Otra forma, entre otras muchas, de «control social» al servicio de la estrategia totalitaria del panvasquismo.

Si a estas expresiones de violencia de raíz ideológica, que pudieran parecer «anecdóticas» o «aburridas», sobre todo si no se sufren directamente, se les suma las diversas agresiones perpetradas en los últimos meses contras guardias civiles, funcionarios de prisiones, simpatizantes españolistas, militantes del PP, sedes de partidos, detenciones de «taldes» integrados por supuestos disidentes radicales abertzales por actos de kale borroka en Vizcaya, Álava, y Navarra, etc., bien puede afirmarse que por mucho que quieran vendernos que en Euskadi y Navarra «se vive de p… madre», así será para los filoterrositas, sus amigos nacionalistas y los indiferentes. De modo que en Navarra y Vascongadas continuamos viviendo sin libertad real.

* * *

El enfado de Almudena

Luis Ventoso *(El Debate)*

Vivió enojada por lo ocurrido en el mundo de sus abuelos, incapaz de ver el éxito de España, del que disfrutaba

Cuando vas teniendo una edad, la muerte de una persona antes de tiempo te deja siempre meditabundo. Te sitúa frente al gran telón del que no podemos escapar porque, como recordaba el maravilloso Montaigne, «todos los días van hacia la muerte y el último la alcanza». La muerte pone boca arriba la pequeñez de nuestros empeños terrenales, que a veces nos desvelan mucho más de lo que deberían. Nadie lo explicó mejor que el *Libro del Eclesiastés* de la Biblia: «Reflexioné sobre todo lo que ha conseguido el hombre en la Tierra y concluí: todo lo que ha logrado es fútil, como cazar el viento». La muerte siempre es dura. Pero para aquellos que carecen de la esperanza de Dios debe ser brutal; un sumirse en una gran nada sin retorno, que convertiría nuestro paso de la Tierra en un sinsentido, un cruel chiste cósmico.

Todo esto me volvió a la cabeza, una vez más, cuando conocí con pesar la prematura muerte a los 61 años de la escritora madrileña Almudena Grandes, víctima de un cáncer y madre de tres hijos. Fue una literata de éxito, dotada sin duda de un gran brío narrativo. Sabía cómo armar una novela, no hay duda. Era también una columnista de una sola idea, expuesta siempre a fuego: la derecha es malísima y franquista. Quienes la trataban la recuerdan como una mujer que sabía honrar la amistad,

dotada de mucho sentido del humor e hincha siempre y a pesar de todo de su Atleti. Desde lejos contemplábamos a una mujer morena de nervio, castiza y temperamental, que conformaba con su marido García Montero, poeta al que Sánchez colocó al frente del Cervantes en 2018, un pequeño poder fáctico en ciertos ámbitos de la cultura a favor de la izquierda «comprometida» (que casualmente monopoliza ya todos los premios).

La prensa, que en España es mayoritariamente «progresista», incluida la que piensa que no lo es, ha despedido a Grandes con hipérboles. El principal periódico de izquierdas, que esconde en un suelto la manifestación de más de cien mil policías contra el Gobierno (¡ay cómo está el periodismo!) habla de «la voz de los perdedores» y de «la dignidad de la literatura». ¿Solo es digno el literato que es de izquierdas? En el periódico de mi ciudad natal la llaman «la voz de las mujeres y los hombres silenciados». Un diario de teórica derecha la despide como «la conciencia crítica de España».

No se puede negar la vocación literaria de Almudena Grandes, su enorme capacidad de trabajo y su triunfo. Pero creo que un análisis serio de su figura intelectual no debe soslayar un hecho muy relevante: su asombroso cabreo con su propio país. Era un poco mayor que yo, y de familia más acomodada que la mía, y es como si hubiésemos vivido en dos naciones diferentes. Su teoría es que buena parte de los españoles seguían pagando todavía hoy la derrota de la II República en la Guerra Civil. Según su visión, en realidad continuamos dirigidos por la hoja de ruta del franquismo, que primó a los vencedores y arruinó la vida de los vencidos. Siento discrepar, pero no es para nada lo que yo he vivido. Hasta que llegó el revisionismo de Zapatero y Sánchez, que decidieron echar sal en las heridas de la Guerra Civil para ocultar su inanidad programática en temas importantes, Franco estaba olvidado por mi generación. Tampoco es cierta la visión absolutamente maniquea que siempre postuló Grandes, esa historia de malísimos derechistas que se pegan la vida padre a costa de almas puras izquierdistas, cuyo progreso impiden. Su enorme éxito –y el de su marido–, ambos comunistas, supone una refutación de ese tópico. Si el franquismo conserva la pervivencia sociológica y partidista que le concedía Almudena Grandes, entonces resulta un milagro sin parangón que el PSOE sea el partido que más tiempo nos ha gobernando, o que hoy manden comunistas y socialistas, como en el Frente Popular, o que los medios sean mayoritariamente simpatizantes del consenso progresista que se nos quiere imponer.

Por supuesto que hay páginas terribles en la posguerra. Pero no solo en España: ¿Cómo sería la vida en la Polonia y la Alemania hechas añicos tras la II Guerra Mundial? Por supuesto que hubo penurias, crueldades, salvajadas (de los dos bandos) y un régimen autoritario que duró demasiado. Pero no parece

una gran idea cerrar la mirada a todo lo bueno que se construyó en España, que es una extraordinaria historia de éxito, para regodearse en el rencor ideológico más cerril. Además, construir una obra narrativa sobre ese móvil obsesivo convierte la literatura, que en su versión más excelsa aspira a ser una forma de conocimiento sapiencial, en un panfleto, por ameno y bien redactado que esté. Por último, siempre me llama la atención que esta generación de intelectuales de izquierdas viva preocupadísima por las cuitas de la época de sus abuelos, que ya no están, y se muestre ciega y muda ante el mayor problema de su país a día de hoy: el envite de un separatismo retrógrado y de ribetes supremacistas. Ahí se les acaba el «compromiso». No están.

* * *

La izquierda y la delincuencia

Rafael Nieto *(El Correo de España)*

¿Qué hubiesen pensado nuestros padres y abuelos si les dijésemos que el Gobierno de España ha hecho una ley que protege a los delincuentes y deja maniatados a los policías? O ¿qué hubiesen pensado sobre esto los más lúcidos y brillantes filósofos de la Historia, desde Platón a Ortega? Para darnos cuenta de la época oscura y tenebrosa que nos ha tocado vivir, es fundamental ponerla en comparación con el pasado, es decir, con la normalidad, para así poder observar con toda nitidez la desmesura, la falta de lógica, la locura colectiva en que nos han metido los actuales dirigentes del mundo.

Es necesario decir que la izquierda política siempre, invariablemente, ha estado más cerca de los delincuentes que de las fuerzas del orden. Y esto tiene una explicación sencilla: sin el uso de la violencia física, casi nunca las izquierdas hubiesen podido llevar a cabo las grandes revoluciones que desmontaron e hicieron añicos los moldes del Antiguo Régimen, empezando en La Bastilla, pasando por el bolchevismo leninista o el castrismo, y terminando por ejemplo en las palabras del líder carismático de Podemos, cuando llamaba a salir a «cazar derechistas» por la calle. El marxismo es por esencia y naturaleza totalitario, antidemocrático, contrario a la libertad y la dignidad humanas, y por lo tanto necesita la violencia. Por eso es prácticamente imposible que un dirigente socialista o comunista esté a favor de la ley y el orden establecidos.

La reforma de la llamada Ley Mordaza que ha sacado adelante el ejecutivo socialcomunista de Pedro Sánchez con la ayuda de proetarras, golpistas catalanes y separatistas de todo pelaje, no hace sino confirmar esa querencia natural que el marxismo tiene hacia los delincuentes, atando de pies y manos a los agentes del orden público, e impidiéndoles hacer su trabajo que, casi da

vergüenza tenerlo que decir, pasa por meter en vereda, primero por las buenas y luego por las malas, a chorizos, carteristas, navajeros, yonquis, atracadores, violadores, secuestradores, terroristas y cualquier otro tipo de gentuza. Los gobernantes decentes, por pura lógica, dan facilidades a sus policías para que puedan hacer su trabajo adecuadamente, ya que de ello depende, en buena medida, la seguridad y tranquilidad de los ciudadanos.

Pero, ¿quién ha dicho que este Ejecutivo claramente ilegítimo que preside Pedro Sánchez quiera la seguridad y tranquilidad de los españoles?, ¿quién puede asegurar que a Sánchez le importa los españoles, salvo aquellos justos y necesarios para volverle a votar dentro de dos años, cuando ponga de nuevo las urnas en la calle? Evidentemente, los españoles no le importamos nada a Pedro Sánchez; ni los pensionistas, ni los jóvenes, ni los parados, ni las familias, ni los obreros, ni los empresarios, ni los vacunados, ni los no vacunados. Sánchez gobierna contra España, que es tanto como decir contra la mayoría de los españoles, y su reforma de la llamada Ley Mordaza lo convierte, sin duda alguna, en el mayor peligro público que ha habido en el Palacio de la Moncloa desde la muerte de Franco.

Impedir a la policía hacer su trabajo con libertad, maniatar a los agentes del orden para que no puedan reducir, sancionar o detener a un energúmeno, equivale, simple y llanamente, a convertir la civilización en una selva. Sin orden y sin ley se acaba la civilización. Y los garantes del cumplimiento de la ley y el orden son las fuerzas de seguridad del Estado, nos guste más o menos de quién dependan o quiénes sean sus superiores inmediatos, que en este caso es el ínclito Grande Marlaska, el ministro de Interior más indigno que ha sufrido ese ministerio en décadas. Por tanto, lo que está perpetrando este desgobierno socialcomunista con esta reforma es un ataque deliberado y furibundo contra los derechos y libertades fundamentales de todos ustedes y de un servidor.

Que esta reforma lleve la firma de Podemos, de Bildu, de Esquerra, de Juntos por Cataluña, del PNV..., en definitiva, de todos los partidos que, casi sin excepción, tienen a uno o varios imputados y condenados en sus filas (o sea, delincuentes o presuntos delincuentes) da una de las claves del asunto. Y vuelve a poner ante nosotros la gran pregunta que siempre procuro plantearles: ¿a quién votamos cuando votamos?, ¿realmente es esto lo mejor que podemos tener en La Moncloa? ¿Es esto, un gobierno que pone a los delincuentes por delante de la policía, lo mejor que le podemos dejar a nuestros hijos y nietos, a las próximas generaciones? Creemos, sinceramente, que no.

Creemos, sinceramente, que esta deriva enloquecida debe terminar cuanto antes. Que, al margen de las ideas que defienda cada persona, deberíamos coincidir al menos en una cosa: el mal debe ser aislado y perseguido, jamás ayudado, ni apoyado, ni financiado. El poder es el mayor ejercicio posible de

responsabilidad colectiva, no el evacuadero de las más sucias y bajas pasiones humanas. Nunca más un gobierno ilegítimo y traidor a los españoles. Nunca más unos gobernantes sin escrúpulos morales.

* * *

La violencia feminista sigue creciendo: otra mujer mata a su pareja

Tradición Viva

Hoy volvemos a amanecer con una triste noticia. Otra mujer ha matado en la madrugada de este domingo a su pareja en Manresa (Barcelona).

Tras el asesinato la mujer ha llamado sobre las siete de la mañana a los servicios de emergencia alertando del suceso, personándose en el lugar de los hechos efectivos de los Mossos que no pudieron hacer nada para salvar a la víctima pues el hombre era ya cadáver tras la apuñalada propiciada presuntamente por su pareja.

La mujer permanece detenida en dependencias policiales sin que hasta el momento existan movilizaciones del vecindario para manifestar su repudia ante este tipo de hechos.

Mientras tanto los ideólogos políticos siguen desenfocando el tema hablando sistemáticamente de violencia de género, cuando la realidad es que lo que existe en violencia intrafamiliar. Debido precisamente al posicionamiento ideológico, cuando las víctimas son varones se silencia a los medios de comunicación, y se invisibiliza a los hombres fallecidos a manos de sus mujeres o parejas femeninas.

Una vez más manifestamos nuestro repudio ante cualquier muerte violenta independientemente del sexo de la víctima y del sexo del victimario.

* * *

El Gobierno ultima su drástico plan para acabar con la «dictadura del coche»

M. Villa *(ESdiario)*

> *La estrategia del Ministerio de Transportes pasa por alejar aún más a los turismos de la circulación de las ciudades, así como limitar su tránsito por la red general con medidas radicales.*

La «operación anticoche» del Gobierno de Pedro Sánchez es mucho más ambiciosa de lo que parecía. Porque no solo busca restringir el tránsito de turismos por calles y carreteras, sino que el propósito último es borrarlos directamente del paisaje, como ha reconocido la ministra de Transportes, Movilidad y Agenda Urbana, Raquel Sánchez.

A tal fin, se pretende desarrollar un nuevo diseño en las ciudades para que devuelva el espacio público a peatones y ciclistas «y acabe con la dictadura que el vehículo privado ejerce en la vida diaria», según la ministra. Así lo ha señalado esta semana en un acto en el que ha aclarado que lo que se propone no es suprimir los coches, sino diseñar ciudades donde no sea necesario el vehículo privado y se acepte sin condiciones que la calles «no son espacios reservados para los automóviles, sino lugares de encuentro de las personas que las habitan».

Con ese empeño, el plan de medidas que diseña el Ejecutivo pasa por ampliar carriles bici o crear itinerarios peatonales y sin obstáculos, al mismo tiempo que se acomete una reducción en la contaminación del aire, del ruido y de la siniestralidad. En este sentido, ha recordado que el Gobierno llevará al Consejo de Ministros la nueva ley de movilidad sostenible y financiación del transporte público antes de fin de año, un texto que, entre otras cosas, situará el ferrocarril como el sistema prioritario para la movilidad en entornos urbanos y metropolitanos.

Peajes en todas las autovías

Aparte de alejar al coche todavía más de la ciudad, el Gobierno de Sánchez proyecta imponer peajes en todas la autovías del país. Así se comprometió ante la Unión Europea y así lo tiene encima de la mesa para empezar a implantarlo lo antes posible.

En contraste con estas medidas, el Gobierno tiene en el horizonte la huelga de camioneros que ha convocado el sector tres días antes de Navidad. La ministra de Transportes cree que hay tiempo para pararla. «Nuestra disposición es la de seguir hablando y negociando acuerdos; reconocemos el papel esencial de los transportistas y los problemas tanto coyunturales como estructurales que sufren, ligados al incremento de los precios de las materias primas, el combustible o la relación con los cargadores. Haremos todo lo posible por ayudar y establecer medidas de impulso para mitigar esos problemas», ha asegurado.

No hay nada como el ejemplo: ¿De qué marca es la bicicleta de la ministra de transportes? ¿Ha renunciado ya a su coche oficial?

* * *